

de vengar la persecucion ejercida por Teodosio y sus hijos: abier- to ya el camino de la calumnia, que desde el momento en que aparece en el mundo, se habia ensangrentado contra la doctrina evangélica, fácil era redoblar las acusaciones, cuando exacerbada la gangrena que devoraba aquella sociedad, se hundia la tierra ante las plantas del gentilismo, hollados sus ídolos y desvanecidos sus errores.

La irrupcion de los bárbaros le ofrecia pues motivo para ce- bar su rabioso diente; y así como en la época de Tertuliano y de Arnobio fueron señalados los cristianos como causa única de cuantas calamidades affligian á la muchedumbre, afilando tan injusta acusacion la espada de los Césares, ensangrentada ya en el cuello de los mártires, así tambien, mientras con inusitado afan se desenterraban los antiguos ritos del paganismo, se atribuan al triunfo de la religion cristiana los desastres que lloraba el mundo ¹. Olvidaba la gentilidad ó ignoraba más bien que no á la salvadora doctrina del Evangelio, sino á la corrupcion de las costumbres, al envilecimiento y postracion del patriotismo, al olvido de todas las virtudes públicas y privadas, al torpe anhelo de los goces sensuales, que envejecia á los romanos en mitad de su juventud, debia sólo atribuirse la afeminacion de sus ejércitos, y la indolente ineptitud de sus capitanes, quienes poniendo á vil precio la diadema, hundieron el Imperio en lastimosa anarquia, abandonándole á la furia de los bárbaros, cuando cayeron estos sobre sus fronteras.

Mas no por ser infundadas, dejaron tales acusaciones de excitar el celo de los Padres, á quienes habia escogido la Pro- videncia para sostener tan formidable lucha. Contra los sarcas-

¹ Notable es por cierto lo que dice San Agustin con este propósito; pues aun despues de haber debido Roma parte de su salvacion al notable suceso, narrado por Orosio, se desataron los gentiles en acusaciones, contra los cris- tianos, señalándolos como principal causa del saqueo de la capital de Occi- dente: «Interea Roma gothorum irruptione agentium sub rege Alarico, at- que impetu magnae cladis eversa est: cuius eversionem deorum falsorum multorumque cultores, quos usitato nomine *paganos* vocamus, in Christia- nam religionem referre conantes, solito acerbius et amarius Deum verum blasphemare coeperunt (*Retract. II*, cap. XLIII).

mos y las sátiras de Juliano, divulgados en el Oriente, toma- ron la pluma Cirilo Alejandrino y Teodoreto ¹: contra las fies- tas, en que para afrenta de la humanidad, se conservaban los groseros ritos del paganismo, tronaron en el Occidente San Pedro Crisólogo y San Máximo ²: contra la corrupcion de la costum- bres y la idolatria y soltura de los espectáculos, en cuyo conta- gioso vértigo se veian tambien envueltos los cristianos, levanta- ron su autorizada y elocuente voz los Gerónimos, Agustinos y Salvianos ³: contra las calumnias, lanzadas una y otra vez so- bre la doctrina del Salvador, escribia por último el español Oro- sio sus *Historias*, encaminadas á pulverizar todos los cargos for- mulados por los gentiles contra el cristianismo. Tertuliano habia creido bastante, para conseguirlo, un capítulo de su *Apologéti- co* ⁴: Arnobio dedicaba despues al mismo intento el primero de sus cinco libros *Contra gentiles* ⁵: Orosio consagraba todas sus fuerzas al desarrollo de aquella idea; prueba evidente de que ar- reciaban las acusaciones y de que urgia sobre manera el presen- tar á los ojos del mundo una vindicacion completa.

Hé aquí el único pensamiento que guia la pluma de Orosio: la elocuencia cristiana habia triunfado del politeismo en la más gi-

¹ Tales son las causas que uno y otro señalan á sus escritos, como pue- de notarse con la simple lectura de sus prólogos ó prefacios (*Guerra. Apel. at trib. de los Doctos*, pág. CLXXIV).

² Belarmino y Tritemio, años 420 á 440.

³ Salviano, cuyo ardiente celo por la religion católica le impulsaba á reprender los escándalos de la gentilidad y los extravios en que incurrian los cristianos, ha merecido entre los Padres el título de *Jeremias de Occidente*, lo cual basta á caracterizar su elocuencia. En los últimos años se han hecho al- gunos importantes ensayos sobre las obras de este varon insigne, pareciéndo- nos digno de citarse el debido á la erudita pluma de Mr. Philarete Chasles, incluido en sus *Estudios sobre los primeros tiempos del cristianismo* (pág. 97 de la ed. de Paris, 1847).

⁴ Cap. XL.

⁵ Debe sin embargo advertirse que los cuatro libros restantes son como una consecuencia precisa de los principios asentados en el primero, pues que se dirigen contra los espectáculos públicos, la falsedad de la idolatria, los crí- menes y debilidades de los dioses, y finalmente contra todo linaje de fábulas, abultadas y sostenidas por los poetas del paganismo.

gantesca lucha que presenciaron nunca los siglos: la poesía había aparecido en el solemne momento del triunfo, para celebrarlo en sus inmortales cantos: la historia venía pues á ofrecer sus doctas lecciones en aras de la religión cristiana, confirmando en sus páginas la pureza y majestad de aquella doctrina, que tantas victorias había ya logrado en el mundo.

Nacido Orosio en la comarca más occidental de las Españas ¹, acudía á tomar parte en aquella postrera lucha contra la idolatría, llevado de un secreto impulso, que dominando su alma y encendiéndola en el santo celo de las Sagradas Escrituras, dirigía en 414 sus pasos al África, donde admiraban al mundo la sabiduría y la elocuencia de Agustino. «Cuando considero cómo he venido aquí (decía el mismo Orosio al obispo de Hipona), conozco el fin para que vine: salí de mi patria sin voluntad, sin necesidad, sin resolución, movido de cierta fuerza oculta, hasta que aporté á estas playas ².» Recíbale Agustino

¹ Seguimos aquí la autoridad de San Agustín, que nos parece suficiente para resolver la cuestión suscitada por los eruditos respecto de la patria de Orosio. El docto obispo dice á Evodio, participándole su llegada al África: «Occasionem quippe cuiusdam studiosissimi presbyteri Orosii, qui ad nos ab ultima Hispania, id est ab occidentali litore, solo sanctorum scripturarum ardore inflammatus advenit, amittere nolo.» Estas palabras de San Agustín no pueden en modo alguno convenir á Tarragona, como se ha pretendido, y procuró mostrar don Pablo Ignacio Dalmases en una *Disertación* que el año de 1702 publicó al intento en Barcelona. Debe también tenerse presente lo que el mismo Orosio declara en la prefación de su *Commonitorium* respecto de los dos Avitos, presbíteros de Braga: dice así: «Tunc duo cives mei Avitus, et alius Avitus cum iam tam turpem confusionem et per se ipsam veritas sola nudaret, peregrina petierunt. Nam unus Hierosolymam, alius Romam profectus est.» Constando pues por testimonio de Idacio, que el Avito que peregrinó á Jerusalem (y que dió allí á Orosio las reliquias de San Esteban, de que después hablaremos) era presbítero de Braga, no queda duda alguna en que, al llamarle Orosio *conciudadano*, se confesaba también natural de dicha ciudad, que tiene asiento en la última y más occidental parte de las tres Españas, lo cual concuerda perfectamente con lo que San Agustín nos refiere (Véase la *Biblioth. Española* de Rodríguez de Castro, t. II, pág. 237 y siguientes).

² Así se expresaba Orosio en el prefacio al *Commonitorium*, primera obra suya, que llega á manos de San Agustín, y escrita contra los errores de Prisciliano y de Orígenes, que infestaban el Occidente. La claridad y pureza

con verdadero amor, y abriendo ante sus ojos las fuentes de la ciencia, cuyos tesoros ambicionaba, infundía en su pecho el deseo de escuchar de los labios de San Gerónimo las sublimes enseñanzas, que había menester para mostrarse digno de la difícil empresa que iba á echar sobre sus hombros. «Hé aquí que vino á mí (escribía el retórico de Tagasto al eremita de Betlen) un religioso jóven, hermano en la paz católica, hijo en la edad y en dignidad compresbítero; nuestro Orosio, despierto en el ingenio, elegante en el decir, ardiente en el estudio, el cual desea ser vaso útil en la casa del Señor, para rechazar las falsas y perniciosas doctrinas, que hicieron mayor estrago en las almas de los españoles que el cuchillo de los bárbaros en sus cuerpos. Y porque vino á nosotros desde la costa del Océano, movido de la fama de que podría oír de mí cuanto quisiese sobre aquellas cosas que deseaba saber, no ha sido sin fruto su venida: primero, porque de este modo no dará crédito á la fama: segundo, porque le he enseñado cuanto he podido, mostrándole donde podía aprender lo que yo no pude enseñarle y exhortándole á que vaya á verte ¹.»

Orosio emprendía aquella larga peregrinación en 415, teniendo en poco los peligros á que se exponía en medio de la gran catástrofe del Imperio, animado de la misma fé que le había sacado de España: al dirigirse á Betlen, visitaba la celebrada ciudad de Alejandria, escuela de los Ammonios y Plotinos y teatro de los triunfos del inspirado Anastasio, no apartándose de aquellos muros sin reconocer las tristes reliquias de la famosa biblioteca incendiada por las cohortes del vencedor de Pompeyo ².

Llegado al humilde retiro de San Gerónimo, acógióle este con paternal cariño, satisfaciendo así los deseos de Agustino, y rin-

de doctrina que en ella resalta y la erudición que atesora, movieron al docto obispo de Hipona á tomar bajo sus auspicios al jóven español, á quien califica ya de elegante y estudioso, y que procuró mostrarse como el primero de sus discípulos.

¹ Ad *Hieronimum*, epist.

² Unde [Alexandria] quamlibet hodieque in templis extant, quae et nos vidimus armaria librorum (*Hist.*, lib. VI, cap. XV).

diendo justo tributo al reconocido mérito de Orosio ¹. Nutría allí su espíritu con las sublimes lecciones del sábio eremita, cuando hubo menester salir á la defensa del dogma católico contra los errores de Celestio y de Pelagio. Habian sido estos condenados por Agustino y los demás obispos de África; y preguntado Orosio por el de Jerusalem sobre la resolucion del concilio de Cartago [412], hizo en presencia del mismo Pelagio, verídica relacion de tan memorable suceso. No contentaron á Juan aquellas sencillas explicaciones; y si bien declaraba el heresiarca que era su doctrina la condenada por la Iglesia africana, todavia insistió el obispo de Jerusalem en remitir la decision de tan árduo asunto al pontífice Inocencio I, acuerdo en gran manera celebrado por Orosio. Tomábase esta resolucion en 30 de julio de 415, y ninguna respuesta se habia podido obtener de Roma, cuando el 17 de setiembre de aquel año, tornando Orosio á Jerusalem, fué ásperamente denostado del obispo, quien llegó á acusarle en público de heregia ². El discípulo de Agustino, «impulsado por el calor de la verdad,» halló en esta injusta acusacion motivo bastante para lanzarse á la palestra, escribiendo su *Apologético contra Pelagio*, obra donde resplandeciendo aquella ardorosa elocuencia, distinguida ya con el nombre de *africana*, se dirigia principalmente á probar la doctrina del *libre albedrio*, negada por el heresiarca ³. Orosio tenia tres meses adelante el sentimiento de ver disculpada, ya que no canonizada, la pestilencial doctrina de Pelagio, quien sorprendiendo á los obispos del sínodo diospolitano, lograba ser absuelto y admitido en el gremio de la Iglesia. Mas si al recibir las últimas bendiciones de San Gerónimo, si al dar el postrer vale al sepulcro del Salvador, sentia su alma llena de amargura, por dejar el suelo de Palestina infestado de la heregia, considerábase afortunado con traer al Occidente las venerandas reli-

¹ Et sui merito et te iubente, suscepi (*Ad Agustinum*, epist. LXXXIX, pág. 643, tomo IV de la ed. de Paris).

² Tomamos estas noticias de la introduccion que pone el mismo Orosio á su *Apologeticus contra Pelagium*, inserto en la edicion de Havercamps, página 588. Todos estos pormenores estan referidos con tanto calor como verosimilitud, segun puede verse en el lugar citado.

³ *Ib.*, pág. 591.

quias de San Esteban ¹, confiadas á su piedad por su compatriota Avito, y holgábase con la esperanza de que no seria duradero el triunfo del heresiarca, esperanza que vió en breve cumplida con la declaracion de Inocencio, confirmando la decision de la Iglesia africana.

Llegado pues al Occidente, procuró Orosio tocar en las costas orientales de Iberia, á fin de enviar á Balconio, obispo de Braga, las reliquias del protomártir; mas no pudiendo pasar de Menorca, dejolas en la iglesia de Mahon, y dirigióse luego al África, donde entregando á Agustino las cartas de San Gerónimo, expúsole el lastimoso estado de Palestina, presentando en el concilio Cartaginés, celebrado á fines de 416, las epístolas de Lázaro y de Herote, en que se condenaban tambien los errores de los pelagianos. Halló Orosio ocupado al grande Agustino en la obra inmortal de la *Ciudad de Dios*, cuyos diez primeros libros habian ya iluminado al mundo con sus resplandores ²; y encendida siempre en su pecho la llama que habia guiado sus pasos al África, mostróse ganoso de contribuir con todas sus fuerzas á la empresa colosal que sostenian sobre sus hombros el solitario de Betlen y el obispo de Hipona. Vastísimo campo le ofrecia la vindicacion del Evangelio, contra el cual levantaba en todas partes desesperado clamor el paganismo: conocíalo así Agustino; y dando aliento á su discreto celo, movióle á escribir contra la destemplada jactancia de los que extraños á la ciudad de Dios, saboreaban las dichas terrenas, no curándose de las cosas futuras, y olvidados de los pasados tiempos, infamaban los presentes, por decaer en ellos el culto de la idolatria y extenderse prodigiosamente el saludable influjo de la doctrina evangélica. Ningun medio tan eficaz, para convencer á la gentilidad de la injusticia y falsedad de sus acusaciones, como el de presentar á sus ojos los elocuentes egemplos de la historia: Agustino inspiró á Orosio este pensamiento; y acudiendo el presbítero de Braga á los fastos y anales de la antigüedad, pro-

¹ Genadio, *Illustrium virorum catal.*, cap. XL.

² Orosio dice en la dedicatoria, dirigida á San Agustin, hablando de la *Ciudad de Dios*: «Quorum iam decem [libri] Orientis radii... toto Orbe fulserint» (Edic. de Havercamps, pág. 4).

curó recoger y explicar en ordenado compendio, ya los sangrientos desastres de la guerra, ya la desolacion del hambre y de la peste, ya los horrores de los terremotos ó insólitas inundaciones de los rios; ora las sorprendentes erupciones de los volcanes, ora el terror de los rayos y las plagas de los pedriscos, y ora en fin los míseros parricidios y nefandos crímenes que habia lamentado la humanidad desde su cuna ¹. Tal es en suma el propósito de Orosio.

Mas no estaba exenta de dificultades tan útil empresa: necesitábase por una parte fundar la cronologia en la Historia Sagrada, para no contradecir las creencias católicas, y era por otra no menos importante el no exponer la historia del pueblo de Dios á la incredulidad de los gentiles, contra quienes escribia Orosio. La primera condicion de las *Historias* consistia por tanto en que no pudieran ser rechazados, por desconocidos, los hechos sobre que la doctrina se fundaba. Así pues, mientras advierte el presbítero español que, apartándose de los historiadores del paganismo, tenia determinado comenzar el relato de las miserias humanas desde el pecado del primer hombre ², contentábase con referir sumariamente el diluvio de Noé, tejiendo despues á la narracion el aniquilamiento de las cinco ciudades malditas, cuya depravacion comparaba con la de Roma ³; é ingiriendo más adelante la patética historia de Joseph, con la carestia que lloró el Egipto ⁴, no olvida las plagas enviadas por Dios sobre este reino, ni la libertad del pueblo hebreo lograda por Moisés, ni la destruccion de Faraon en las aguas del mar Rojo ⁵. De esta manera enlazaba Orosio, fija siempre la vista en el pensamiento que le servia de norte, las provechosas enseñanzas de la Biblia con los ejemplos de la fábula y de la historia profana, aspirando á recoger en las más autorizadas fuentes los hechos maravillosos que exornan sus *Historias*.

¹ Id. id.

² Ego initium miseriae hominum ab initio peccantis hominis ducere institui (Lib. I, cap. I).

³ Lib. I, cap. V.

⁴ Cap. VIII.

⁵ Cap. X.

Animado de semejante deseo, no sólo pone en contribucion los escritores del siglo de oro de la literatura latina, tales como Livio, César, Hircio y Tácito ¹, sino que aprovecha cuerdamente los trabajos de Suetonio, Justino, Floro, Eutropio y Julio Obsequente, rindiendo igual tributo á las obras de Rufino Torano y de otros escritores no menos estimados en su tiempo, entre los cuales dió constante preferencia á sus maestros Agustino y Gerónimo, quienes ilustraban la historia, aquel con la *Ciudad de Dios*, que á la sazón componia, cual vá indicado arriba; este con la traduccion del *Eusebio*, ya divulgada en el Occidente ².

Acaudalado Orosio con tales elementos, dividió pues su obra en siete libros: manifestada su principal idea, presenta en el primero una breve descripcion del orbe, comenzando la narracion histórica con el diluvio de Noé, y abraza despues de mencionar varios sucesos memorables, ya tomados de la fábula, ya de los sagrados libros, desde la época de Nino hasta la fundacion de Roma. En el libro segundo comprende desde los primeros dias de esta poderosa ciudad hasta la invasion de Breno, refiriendo al par

¹ Aunque Cayo Cornelio Tácito no florece en el siglo de oro, nos ha parecido conveniente no confundirlo con los historiadores de la decadencia, tanto por sus virtudes históricas como por sus aciertos literarios, si bien adolezca de algunos vicios de lenguaje, notados por los latinistas.

² Despues de terminados estos estudios, llegó á nuestras manos una excelente memoria, escrita por el alemán Teodoro de Mörner con el título: *De Orosii vita eiusque Historiarum libris septem adversus Paganos*, y dada á luz en Berlin el año de 1844. Este doctor, cuya esquisita diligencia y buen criterio nada ha perdonado para ilustrar la memoria del discípulo de Agustino, señala con admirable acierto las fuentes adonde acudió aquel para recoger los hechos que forman sus *Historias*, haciendo al efecto detenida análisis de los historiadores que le precedieron. Semejante trabajo, que revela una erudicion tan extensa como profunda, y un juicio no vulgar, aparece robustecido por esmeradas tablas cronológicas, en que se fija de una manera satisfactoria el órden adoptado por Orosio en la sucesion de los tiempos, antes y despues de la fundacion de Roma, terminando con varios capítulos destinados á quilatar así el propósito é índole de las *Historias*, como su estilo y lenguaje, parte no menos erudita por cierto que todo el resto de la expresada memoria. Aunque no aceptamos todas las opiniones emitidas por el doctor Mörner, hemos creído justo pagar este tributo de gratitud á la diligencia con que ha ilustrado este punto de la literatura española.

los hechos más notables de los imperios asirio, persa y griego desde la conquista de Babilonia por Ciro hasta la terminación de la guerra del Peloponeso. Narra en el tercero desde la paz dada por Artajerjes á Grecia hasta la muerte de Alejandro Magno, siendo en verdad digno de elogio el empeño con que pone de relieve el poderío y ruina de aquel Imperio, coloso del Oriente derrocado por el heroísmo griego. La guerra de los tarentinos, que atrae sobre Italia las huestes de Pirro, dá principio al libro cuarto, el cual alcanza hasta la destrucción de Cartago, encerrando así la historia de ambas guerras púnicas. En el quinto refiérese primeramente la de Acaya; y expuesto despues el alzamiento de Viriato y la heroicidad de los numantinos, presenta las luchas intestinas de los Gracos, la guerra servil, la yugurtina, la cimbriaca y la teutónica, terminándose por último con las sangrientas enemistades de Sila y Mario. Desde los triunfos que obtiene el primero sobre Mitridates hasta el nacimiento del Salvador del mundo, materia es del libro sexto: en él bosqueja Orosio los sucesivos cuadros de la guerra de los piratas, la de Creta y Asia, la de las Galias, y las *más que civiles* entre César y Pompeyo, acabando aquel brillante período con el triunvirato de Antonio, Lépido y Augusto, quien cierra el templo de Jano, vencida la áspera independencia de los cántabros. La historia de los Césares, sus empresas militares, sus crueldades y sus crímenes dan asunto, con la invasión de los bárbaros, al sétimo libro, llorando el presbítero español la ruina del Imperio y apareciendo animado del mismo espíritu que inflama el pecho de San Gerónimo, al contemplar la maravillosa conversión de aquellas naciones, entre quienes por la perfidia de Valente habia anidado el arrianismo ¹.

Hé aquí la extensión que dió el discípulo de Agustino á sus *Historias*, mostrándose á menudo pesaroso de que el intento que guiaba su pluma no le consintiera emplear toda la copia de hechos por él allegados, para vindicación del calumniado Evange-

¹ Orosio dice, hablando de Valente: «Gothi antea per legatos supplices poposcerunt ut illis episcopi a quibus regulam christianae fidei discerent mitterentur. Valens Imperator exitibili pravitate doctores ariani dogmatis misit» (Lib. VII, cap. XXXIV).

lio ¹. En la exposición de los que forman el gran panorama desplegado á vista de los gentiles, cuidó, no obstante, de dar bulto y relieve á las calamidades y trastornos que afligieron al género humano, convencido sin duda de que habia de surgir de tan peregrino estudio la más evidente prueba de la injusticia y extravío con que procedía el paganismo en medio de su desesperada impotencia.

La obra de Orosio obtenia durante el siglo V el aplauso de los doctos, siendo consultada en los siguientes por cuantos se dedicaron al cultivo de la historia. Próspero de Aquitania, que se preciaba de heredar la doctrina de Agustino, y Genadio, que se apartaba de ella respecto de la *gracia* y del *libre albedrío*, no vacilaron en distinguir al discípulo del obispo de Hipona con los títulos de varon elocuente y claro investigador de las cosas pasadas ²: el pontífice Gelasio, que combatía con incansable tesón el paganismo, reconocía, asistido de setenta obispos católicos, el gran beneficio hecho por el presbítero de Braga á la Iglesia, admirando la erudición y brevedad con que habia tejido la narración de los hechos ³: Marcelino, conde de Iliria, y más adelante el diligente Casiodoro repetían iguales alabanzas, que resonaban por último en la lira de Fortunato ⁴. Aprovechábase entre tanto

¹ En varios pasajes de las *Historias* manifiesta el presbítero de Braga esta idea: en el proemio al libro III decía: «Ex hac ipsa, de qua queror, abundantia, angustia oritur mihi, et concludit me sollicitudo rodosior.»

² Prosp. Aquit., *Chron.* an. 396; Genad. *De vir. illustr.* cap. XL.

³ Gelasio, que en 496 dirigió un docto *Apologético* contra Andrómaco y los demás senadores romanos, que autorizaban y defendían los juegos lupercales, condenándolos como idolátricos, escribía en su decreto *De recipiendis et non recipiendis libris*, lo siguiente: «Orosium virum eruditissimum collaudamus, quia valde nobis necessariam adversus paganorum calumnias dignam ordinavit historiam, miraque brevitate contexuit.» El texto de este decreto, que tomamos de Labbé (t. IV, col. 1264), presenta en otras ediciones algunas variantes, bien que de poco momento (Rodríguez de Castro, *Bibl. Hisp.* t. II, pág. 238, col. 1).

⁴ Marcel. *Chron.*; Casiod., *De Instit. divinar. scripturar.* cap. XVII; Venancio Honorio Fortunato decía en el lib. VII Carm. (y no en el VIII, como apunta el doctor Mörner, pág. 2, n. 4), hablando del estilo de los Padres:

55 Acer Athanasius, quod lenis Hilarius edunt
Quos causae socios lux tenet una duos.

el español Idacio de las *Historias* para escribir la de su tiempo (de que hablaremos en breve); poníalas en contribucion Jornandes, al bosquejar las hazañas de los godos, y eran en siglos posteriores consideradas cual rico y fidelísimo depósito, fortuna que lograron en toda la edad media, siendo traducidas á la mayor parte de las lenguas vulgares ¹.

Mas no conservó Orosio la misma estimacion entre los eruditos, luego que operado el renacimiento de las letras, fué

Quod tonat Ambrosius, Hieronymus atque coruscet,
Sive Augustinus fonte fluente rigat,
Sedulius dulcis quod Orosius edit acutus,
60 Regula Caesarii linea nato sibi est.

(De Parsimonia Radegundis Reginae).

¹ Fácil nos seria el formar aquí largo catálogo de los escritores que en los tiempos medios siguieron la autoridad de Orosio, tarea que ha desempeñado ya en gran parte el doctor Mörner, de quien dejamos hecha mencion véanse las págs. 3 y 4 *De Orosii vita*, etc.). Más importante nos parece, (sin embargo, el advertir respecto de las traducciones, que el indicado escritor menciona (pág. 2) la que en 948 hizo á la lengua arábica el monje mozárabe Nicolás, habiendo sido remitido al Califa Abd-er-Rhman III por el emperador de Constantinopla un ejemplar de las *Historias* con otro de Dioscórides Pedanio. De siglos despues citan los bibliógrafos varias traducciones: entre las más notables deben recordarse la alemana de Gerónimo Boner (Franeft, 1576); la francesa de Felipe le Noir (París, 1526); las italianas de Bonaccivoli (Venecia, 1528), y de Guerino da Lanciza (sin año ni lugar de impresion); y la española de Diego de Yepes, que segun don Nicolás Antonio se conserva inédita (*Bibl. Nov.*, t. I, pág. 324). Mas este docto escritor no tuvo noticia de otra version castellana, hecha á fines del siglo XIV ó principios del XV por un Juan Bueno, á suplicacion de Micer Lamberto de los Abades, Ms. que se guarda en la escogida Biblioteca de los duques de Osuna (Plut. V, lit. IV, núm. 28 ant.) y poseyó el esclarecido don Íñigo Lopez de Mendoza, primer marqués de Santillana. El referido códice lleva por titulo: *Paulo Orosio Castellano, traducida de Gramática en vulgar, etc.* Tampoco dieron razon de este Ms. ni Pellicer ni Rodriguez de Castro: desconocieron igualmente otra traduccion hecha en 1439 por el bachiller Alfonso Gomez de Zamora, de órden del expresado marqués de Santillana, á la sazón en que defendía las fronteras de Córdoba y Jaen, como Capitan Mayor de las mismas. Este precioso códice se custodia igualmente en la Biblioteca del señor duque de Osuna (Plut. II, lit. M., núm. 7 ant.). Pueden verse más pormenores sobre ambas traducciones en las *Obras de don Íñigo Lopez de Mendoza*, que dimos á luz en 1852, terminados ya los presentes estudios (*Bibl. del Marqués*, pág. 627).

comparado con los historiadores latinos del siglo de oro: acu-sósele de haber incurrido en frecuentes anacronismos; tildósele de crédulo, y llegóse á declarar que ignoraba la lengua griega, por más que procurase seguir las huellas de los historiadores helénicos ¹. Adheríanse á este juicio los más entendidos, bien que reconociendo el mérito de las *Historias*, hallaban disculpa á la excesiva credulidad de Orosio en el ejemplo de otros ilustres varones y confesaban el loabilísimo celo que le anima, sin olvidar la claridad de su ingenio ². Ni faltaron escritores que en más cercanos dias le afearan la aversion que muestra al arrianismo, condenando como adulatorias las alabanzas que prodiga á Teodosio y sus hijos y reprendiendo cierta predileccion que dá á las cosas de España y África, principalmente cercano ya á sus tiempos. Mas si nos parecen fundadas las observaciones de los que, atentos á la integridad histórica, no perdonaron á Orosio la facilidad en admitir, como hechos probados, las ficciones de la tradicion ó de la fábula, no hallamos igual razon en estas acusaciones, hijas sin duda de no haberse meditado en la situacion del escritor, antes de formularlas ³.

¹ Julio César Escaligero, cuya selecta erudicion señaló todos estos defectos de Orosio, no advirtió sin embargo al acusarle de ignorante en el idioma de los Basilios y Nazianenos, que el mismo Orosio manifiesta en su *Apologético contra Pelagio* que tuvo necesidad de intérpretes, al referir ante Juan, obispo de Jerusalem, y sostener contra el mismo Pelagio la determinacion del concilio africano, condenando los errores del heresiarca (pág. 502 de la edicion de Havercamps). Siendo opinion constante que fué la lengua griega el idioma de la Iglesia de Oriente, parece demostrado que la acusacion de Escaligero es algun tanto gratuita. Sin embargo el erudito Mörner señala algunos pasajes, tomados casi textualmente de Herodoto (pág. 103 y 104), si bien se muestra dudoso sobre si Orosio se sirvió directamente de aquel historiador, ó de algun otro escritor latino respecto de los puntos indicados, aunque le parezca más verosímil lo último.

² Isaac Casaubon, *Exercitatio I, ad Apparatum annal.*, sect. 12.

³ Estas calificaciones han sido repetidas y esforzadas por el doctor Mörner (cap. IV, pág. 466); pero Orosio ni podia ni debia mirar con fria indiferencia á los arrianos: escribia para vindicar la doctrina católica, y cuanto la ofendiera ó quebrantara debia ser objeto, no ya de su odio, cual se ha pretendido, sino de aquella santa indignacion, que le habia movido contra los priscilianistas y pelagianos. Ni cómo pudiera acusarse al discípulo de

Y no han sido menos graves los cargos que se le han dirigido respecto de su estilo y lenguaje, si bien nadie ha osado negarle las excelentes dotes con que plugo á la Providencia enriquecerle. En esta resbaladiza senda se ha llegado hasta el punto de hacerle exclusivamente responsable de todos los defectos comunes á la escuela á que pertenece: motéjasele la hiperbólica entonación de su frase, la dureza de su dicción y la oscuridad de su estilo; pero al proceder en tal manera, no se repara en que así como no es lícito atribuir á Orosio, cual exclusivas cualidades suyas, la ener-

Agustino y Gerónimo de dolerse de los estragos que hacía en la casa de Dios la cizaña del arrianismo? Naciones enteras habían sido contaminadas de aquella pestilencial creencia, desnaturalizada por ella la grande obra de la conversión de los pueblos septentrionales, y conturbada la paz de la Iglesia: quien se preciara entonces de ser sinceramente católico, quien aspirase al triunfo de la verdad evangélica, no podía en modo alguno dejar de reprobar el arrianismo, que exasperado por otra parte con las persecuciones, hacia á la sazón los mayores esfuerzos por sostener sus ilegítimas conquistas. Orosio combatiendo por medio de la palabra aquella peligrosísima secta, cumplía pues con la primera de las condiciones con que apareció y se derramó en el mundo la doctrina del Crucificado. Mas si frágil es, en nuestro concepto, esta acusación, no parece más fundada la que se encamina á echar sobre Orosio el dictado de adulator respecto de los emperadores cristianos: el presbítero español celebra el catolicismo de aquellos príncipes, menciona los beneficios que la Iglesia ha recibido de sus manos, y animado de generoso espíritu procura consignarlos, para que sirvan de noble estímulo á los venideros. Lejos de cometer por tanto un acto de humillante adulación, dá una prueba singular de la justicia de su carácter, pudiendo asegurarse que á ser esta verdadera tacha, recaería igualmente sobre San Gerónimo y San Agustín. La tercera acusación es todavía más gratuita: no se comprende por cierto cómo se acusa á un historiador, que tiene por objeto producir un fin moral con sus escritos, de que haya procurado que este pensamiento se refleje más directamente sobre el suelo donde nació y sobre la región donde encontró una segunda patria (lib. V, cap. II de las *Historias*). No otra cosa significa esa predilección mostrada por Orosio respecto de España y de África; siendo en verdad notable que así se desprecie el sentimiento elevado, que arranca á sus ojos abundantes lágrimas, al ver la Península presa de la crueldad de los bárbaros y de los errores de la heregia. Esto equivale á exigir del presbítero de Braga lo que no puede humanamente demandarse á ningún historiador, cualquiera que sea el tiempo y la situación en que florezca, olvidándose sobre todo el noble propósito de Orosio, al escribir las *Historias*.

gia, variedad y abundancia propias de los escritores, que siguieron las huellas de Tertuliano, tampoco es justo echarle en cara los defectos característicos de la escuela africana. Discipulo y admirador de Agustino, que á fines del siglo IV y principios del V representa todas las glorias de aquella escuela, no era posible al presbítero español renunciar á los aciertos, ni desprenderse de los errores peculiares á la misma. Al considerarle pues bajo este punto de vista, justo parece él no apartarla ni del objeto que se propuso, al trazar sus *Historias*, ni de la situación especial en que se había colocado.

De estas dos fuentes surgen, en efecto, no pocas de las cualidades que resaltan en su estilo: inflamada su imaginación por la grandeza de los hechos que tiene delante, y forzado por la naturaleza misma de su obra á encerrarlos en breves y vigorosos cuadros, aparece por una parte hiperbólico y afectado, viéndose obligado por otra á ostentar cierta manera de aticismo contrario á la exuberancia y fastuosidad de la escuela africana; exuberancia y fastuosidad que tan bien se avenían con la índole y carácter de los ingenios españoles, en que hemos reconocido una y otra vez ciertos rasgos de orientalismo, que toman en Orosio mayor bulto, al tocar en el suelo africano y al visitar la Tierra Santa. Mas no dejó Orosio de reconocer estos defectos de su estilo, sin que le fuese hacedero evitarlos, por más que procurase dar á la narración la claridad y sencillez que no le consentía la brevedad del propósito ni la elevación del objeto. Empeñado en presentar crecido número de hechos sorprendentes en reducido espacio, muéstrase en frecuente lucha consigo mismo, alejándole á menudo de la victoria tan constante anhelo ¹.

De esta manera deben pues separarse los defectos propios del escritor, ó hijos de la idea que mueve su pluma, de aque-

¹ El mismo Orosio decía: «Si vero significare cuncta, nec exprimere student, compendiosa brevitate succingo, obscura faciam... Brevitas autem atque obscuritas, imo ut est semper obscura brevitatis, etsi cognoscendi imaginem praeferat, aufert autem intelligendi vigorem. Sed ego, cum utrumque vitandum sciam, faciam, ut, quocumque modo alterutra temperentur, nec multa praetermissa, nec multum constricta videantur (Lib. III, in praefatione).

llos que son geniales en sus compatriotas y pertenecen generalmente á los cultivadores de la escuela, en que se halla filiado. Y tanto más racional nos parece en el caso actual este procedimiento cuanto que es Orosio uno de los escritores que más detenido estudio exigen en la historia de las letras, no sólo por el mérito que en él reconocemos y lo que significa para nosotros, como ingenio español, sino por lo que representa en defensa de la doctrina católica, cuyo triunfo era el triunfo de lo porvenir del mundo ¹.

Mas no se vió solo Orosio en esta difícil lucha: España, que al brillar la aurora de la paz de Constantino, saludó por medio de sus poetas aquel solemne momento, al verse infestada de la herejía; al ser despedazada por los bárbaros, lanzó también patéticos suspiros, que inspiraron la musa de Draconcio y de Orencio, y despertaron el patriotismo de Idacio, para proseguir la obra

¹ Al terminar el estudio de Orosio, debemos hacer dos observaciones, relativas la primera á su nombre y la segunda al título de su obra. Orosio es conocido generalmente con el prenombre de *Paulo*; pero por ninguno de los escritores de su tiempo, ni de los siglos inmediatos se halla citado en esta forma, pareciéndonos que el referido prenombre proviene de un error, hijo de la incuria de la edad media. Sin duda se escribió *P. Orosius* en los más antiguos Mss., para significar la gerarquía del historiador, diciendo *Presbítero Orosius*; y de aquí hubo de sacarse, sin otra averiguación, el nombre de *Paulus Orosius*, admitido ya universalmente por los escritores de los tiempos modernos.—Los siete libros de las *Historias* han sido del mismo modo apellidados *Horchestra*, *Hormesta* y *Ormesta*, sin que ninguno de los que han intentado defender estas diferentes denominaciones, haya alegado razón alguna convincente. Sobre este punto pensamos descubrir la causa del comun error en la ignorancia de los trasladadores de antiguos códices, ignorancia lamentada igualmente por los eruditos de todos los tiempos y naciones. Acaso vieron escrito *Or. Moesta Mundi*; y como eran desconocidos generalmente los diptongos y escaso el uso de mayúsculas, resultó de aquí fácilmente la voz *Ormesta*, que después se ha glosado de mil maneras, con martirio de los comentaristas, que no han atinado á fijar su valor. Reparando en la abreviatura del nombre del autor *Or.*, *Orosius*, y teniendo presente que el título *Moesta Mundi* denota y explica perfectamente, así el propósito de las *Historias* como la manera de presentarlas, no creemos que pueda dudarse de que la lección que proponemos, diciendo: *Orosius: Moesta mundi*, basta para resolver las intrincadas cuestiones, á que ha dado lugar el repetido *Ormesta*.

empezada por el discípulo de Agustino. Draconcio, nacido en el suelo de la Bética, que tan insignes ingenios había producido en los primeros días del Imperio, viene á realizar aunque por distinto camino, el mismo pensamiento que animó al presbítero de Braga. Movido de aquel espíritu, que agita en su retiro de Betlen á San Gerónimo, al ver desplomarse el coloso de Roma, llora sobre los desastres que afligen á las Españas, y tiene por nuncio de ventura el momento en que aparecen de nuevo en las llanuras de la Bética las águilas del Imperio, conducidas por Castino [422]. Mostróse un punto la suerte de las armas favorable á las legiones romanas auxiliadas por los godos, y exaltóse el entusiasmo de Draconcio contra los vándalos, dominadores de la Bética; mas si juzgando próxima su ruina, prorumpió en himnos de alabanza al valor y heroísmo de los que parecían restaurar el Imperio ¹, derrotado Castino y triunfantes de nuevo los vándalos, vióse perseguido y encarcelado, llorando entre cadenas la saña de Gunthario [Gunderico], duramente ejercida en cuantos habían abrigado la esperanza de sacudir el yugo de la barbarie.

Desde aquel encierro, cuya aspereza pinta el mismo Draconcio con dolorosos rasgos, contempla el lastimoso estado de su patria: teatro de sangrientas guerras, en que pueblos de tan rudas costumbres y feroces instintos se disputan el privilegio de esclavizarla; presa al mismo tiempo de los excesos de la idolatría, exasperada por la contradicción; y conturbada finalmente por el orgullo y la vanidad de los heresiarcas, sólo ofrece á los ojos de Draconcio la imágen del caos, donde no se descubre luz alguna, fuera del

¹ De este aserto depone el mismo Draconcio, cuando en la humillante *Satisfacción* que dirige á Gunthario ó Gunderico, rey de los vándalos, exclama:

105 Te coram primum me, carminis illius orsa
Quod male disposui, poenitet, et fateor.
Post te, Summe Deus, regi dominoque reus sum,
Cuius ab imperio posco gemens veniam.

Mientras mayores aparecen las protestas, hechas por Draconcio en la cárcel, más resaltan las muestras de patriotismo que hizo á favor de los romanos, celebrando con ardientes himnos su venida á la Bética, como defensores de la libertad de las Españas.